

ACERCA DE LAS BIBLIOTECAS, Y DE CUANTO MEJOR NO FUERA DESTRUIRLAS, CUANDO FALLECEN

Elkin Obregón *

I. Recuerdo en una vieja revista Life una foto —una gran foto de doble página— en la que se veía a Alfonso Reyes sentado en medio de su biblioteca. O de su casa, debiera decir, porque su biblioteca era su casa entera, y la llenaba toda, extendiéndose por todos los rincones como una Hidra de infinitas cabezas. La foto, en efecto, que parecía tan inacabable como el número de libros, espiaba rincones y desvanes, segundos pisos, paredes, chimeneas, alfombras, sin que jamás capturara otra cosa distinta al vasto tejido de lomos y carátulas. El mismo Alfonso Reyes parecía allí, si no un libro más, al menos la estatuilla de alguna deidad colocada en algún mínimo lugar para presidir ese paisaje amenazante.

Un caso extremo, sin duda. (El equivalente colombiano sería el de León de Greiff, pero éste habitaba cuevas pequeñas, carentes de todo con la casi única excepción de los libros innumerables). Las bibliotecas, en general, acostumbran tener un espacio determinado. Hay el estudio biblioteca, por ejemplo, hoy casi desterrado de los apartamentos modernos, que no suelen ofrecer entre sus halagos ese lugar suntuario. Hay la biblioteca San Alejo, la biblioteca dormitorio, la biblioteca -que-se-deja-en-la-finca. Hay la biblioteca anaquel único, con libros de Irwin Wallace, García Márquez, Mario Benedetti y el Atlas Universal para edad escolar. Hay la biblioteca inexistente, cuyos tomos escasos se disgregan, tímidos y estorbosos, en las distintas habitaciones. La biblioteca bazar, que amalgama cuadernos, libros didácticos, enciclopedias de cocina, oscuros volúmenes de novelones olvidados. La biblioteca monotemática, de temas botánicos o de pesca submarina. La biblioteca que se va perdiendo en mudanzas suce-

* Caricaturista colombiano.

sivas. Hay también (o debiera haber) la biblioteca-baño, ni mucho menos desdeñable.

Ya en términos más habituales, existe la sala-biblioteca, bastante frecuente, o la biblioteca-biombo, apta para separar el comedor del living-room. Estas bibliotecas ocupan un espacio variable pero funcional. Ni muy chicas, ni excesivas. Unos tres metros de ancho, en los mejores ejemplos. No menos de dos, en todo caso, so pena de parecer —y ser— vergonzantes. Por supuesto, se dividen a su vez en dos claras familias: las que han sido leídas y las que no lo han sido. Estas últimas se delatan de inmediato, no son capaces de esconder su pomposa virginidad. (Es fácil detectar en sus estantes los tomos de premios Nobel, las colecciones de Salvat, los cien títulos de la Oveja Negra, los habitantes del Círculo de Lectores). Pero todas ellas, por adición o sustracción, funcionan a la manera de espejos implacables. Dan fe de una existencia, reflejan apetencias, carencias, concesiones, hábitos. Confiesan nobles momentos del espíritu, y también —¡Ay!— lastimosas debilidades. (Confiesan también, a veces, amores inconfesables: mi amigo Carlos Uribe tiene en la suya un libro de Paul Bourget. Yo también).

II. Las mejores bibliotecas no son grandes ni pequeñas, sino aquéllas que saben decir que han sido amadas, y tienen esa especie de placidez cansada que sigue al amor y es también una renovada promesa de entrega. Aquéllas que tienen algo de flor abierta en pétalos que no se mustian, pero que han sido urgidos y profanados con confiado deleite. Se las distingue por su olor y sabor, por lo que tienen de homogéneas y diversas, por su lenta vejez, porque no disimulan su condición de criaturas eclécticas. Una vez formadas no cambian nunca de aspecto, pues sólo cambian como cambiamos los humanos, que somos inmutables y fatales. No cambian sino que se ensanchan y se acendran. En esas bibliotecas poseídas y desfloradas se agazapa una vida, o al menos una parte no mensurable de una vida. Mueren con su dueño. Y se llevan su misterio palpitante, ya libres o huérfanas de memoria, a algún limbo desconocido en donde callarán por los siglos de los siglos. Después, ya cadáveres, son disgregadas entre herederos, si son pequeñas, o almacenadas en oscuros anfiteatros oficiales, si son grandes. Y comienzan su larga vida de muertas, entre una pesarosa servidumbre de olvido o de citas de trabajos de colegiales.

Las buenas y amenas bibliotecas deberían ser incineradas con su creador, o enterradas con él. A menos que éste fuera nuestro padre, o nuestro abuelo, y supiéramos hilar de esa vida ausente, tal vez, algo más perdurable que el recuerdo. Entonces desaparecerían las

bibliotecas públicas, hijas de aquéllas y en sus recintos vacíos medrarían amables fantasmas, en una algarabía silenciosa a la que no conseguiría acallar el tecleo cromado de la informática.

III. Y CODA

No sé si por la noche, cuando ya nadie las visita, las bibliotecas cobrarán la vida propia que cobran los cuartos de los juguetes o de los instrumentos musicales, y se echarán a hablar entre la profusión secreta de muchos tonos inconciliables. No es nada improbable. En su confuso diálogo deben sobresalir entonces las voces más amadas, las palabras que dieron más deleite o pena, las páginas que han puesto más amarillas el tiempo y el aire. Tal vez desde algún rincón musitará algo, sordamente, una parrafada de suicida, o se escuchará el agudo silbido de una creencia entrañable que luego ha sido abandonada. Quizá la voz más dulce de todas osará pronunciar un viejo poema cursi, al que hace ya mucho tiempo no se le permite salir a la luz del día. Desde el resguardo de la noche, esa voz será la que pone el ex-libris final sobre tantos habitantes clamorosos, y los hace callar.